



Los cascabeles del bufón



EL pobre Emperador Carlos V había caído en manos de sus enemigos y yacía en duro calabozo. Creo que era en el Tirolo. Hallábase sentado, en solitaria tristeza, abandonado de todos sus caballeros y magnates, pues ninguno de ellos vino en su auxilio. Yo no sé si tenía ya antes aquel rostro la palidez del queso, según se le ve representado en los cuadros de Holbein. Pero su labio inferior, que parece despreciar al género humano, se destacaba aún más vigorosamente que en dichas pinturas. Debía despreciar a las gentes que a la luz del sol de la dicha le acosaron con su adhesión, y ahora le dejaban solo en su sombría desventura.

En este instante se abre de repente la puerta de su encierro y entra un hombre embozado; mas al caer el embozo de aquella capa, reconoció el Emperador a su fiel Conrado de la Rosa, el bufón de la corte.

—¡Oh patria alemana! ¡Oh querido pueblo alemán! Yo soy tu Conrado de la Rosa. El hombre cuya verdadera profesión es hacer chistes, y que sólo puedo proporcionar placer en los días venturosos, penetra en tu prisión el día de la desgracia. Aquí bajo el manto te traigo tu fuerte cetro y tu bella corona. ¿No me reconoces, mi Emperador? Ya que no puedo libertarte, quiero al menos darte consuelos y tendrás a tu lado con quien charlar acerca de tus más angustiosas torturas, quien te ame y ponga a tu disposición sus más felices ocurrencias y lo mejor de su sangre.

...Pues tú, pueblo mío, eres el verdadero señor del país--pues tu voluntad es soberana y mucho más legítima que ese purpurado *Tel est notre plaisir* que se jacta de un derecho divino sin otra razón que el linimento de esos tonsurados juglares; tu voluntad, pueblo mío, es la única legítima fuente de todo poder. Por más que hoy yazgas aherrojado, vencerá al fin tu buen derecho; se acerca el día de la liberación, una nueva era comienza. ¡Mi Emperador, la noche ha terminado, y allá afuera lucen las rojas tintas de la aurora!

—Conrado de la Rosa, mi bufón, te equivocas, y tomas quizá una brillante segur por un sol, y la roja aurora no es más que sangre.

—No, mi Emperador: es el sol, por más que se eleve por Occidente; pero hace seis mil años que se le vé siempre salir por el Oriente y ya es tiempo de que introduzca una variación en su carrera.

—Conrado de la Rosa, mi bufón, has perdido los cascabeles que tu roja caperuza, y tiene ahora un aspecto extraño.

—¡Ah! Mi Emperador, a causa de vuestro infortunio sacudí la cabeza con tan furiosa seriedad, que los cascabeles de la locura se desprendieron de mi gorro; mas no ha empeorado por eso.

—Conrado de la Rosa, mi bufón, ¿qué se rompe y cruje allá fuera?

—¡Estad tranquilo! Es la sierra y el hacha del carpintero. ¡Pronto se romperán las puertas de vuestra cárcel y seréis libre, mi Emperador!

—¿Soy aún acaso realmente Emperador? ¡Ah, es el bufón quien me lo dice!

—Oh, no suspiréis, mi querido señor. El ambiente de esta cárcel os ha acobardado; mas cuando háyais recobrado vuestro poder, volveréis a sentir en vuestras venas la atrevida sangre imperial, y seréis altivo como un emperador, arrogante y benigno, injusto y risueño, desagradecido como lo son los príncipes.

—Conrado de la Rosa, mi bufón, cuando yo sea otra vez libre ¿qué harás tú?

—Haré coser nuevos cascabeles a mi caperuza.

—¿Y cómo recompensaré tu fidelidad?

—¡Ah! Querido señor, ¡no me hagáis quitar la vida!

ENRIQUE HEINE.

El asno del Domingo de Ramos

(Traducción de Enrique González Martínez)

PACÍA con mi madre la hierba azul del prado,
de un sabor, como nunca, acre y azucarado.
Sobre el cielo sin mancha en trazos incisivos,
se alzaba el verdinegro monte de los Olivos.
Pastábamos desde antes de que rayara el día;
el globo de la luna poco a poco perdía
su luz, del sol naciente en las tintas hermejas.
Todo estaba tranquilo: se oían las abejas,
el canto del arroyo chocando en los ribazos,
y nuestro ramoneo como tijeretazos.
Mi madre estaba atada; yo libre en la pradera.
Ella, en pie, meditaba bajo de una palmera.
Por el azul cruzaron dos palomas en vuelo.
Las ví; sentí la vida con íntimo alborozo
y—las patas en aire—me revolqué en el suelo.
... De pronto oí a mi madre que lanzaba un sollozo.
No era el cotidiano rebuzno, era un gemido
que desgarraba el cielo, hondo, desconocido.
Mi alegría trocóse en dolor de repente.
Y la vida seguía su curso dulcemente.
Brincaban las langostas en la hierba aromática;
un gato frente a un perro en actitud extática,
vigilábalo inmóvil, con el pelo erizado
Bien pronto los discípulos vinieron hacia el prado;
y a mi madre desatan; ví que ella los seguía
tranquila y dócilmente, como que ya sabía
el asno de pupilas como la noche bellas,
que aquel deber estaba escrito en las estrellas.
En cuanto a mí, inocente, tienden una mantilla
sobre mi flaco lomo revolcado de arcilla,
y contento, admirado y distraído eché
a andar.

—Así llegamos, al fin, a Bethpagé.
En la pequeña plaza multitud bullanguera
contaba con los dedos en debate animado.
Un chiquillo tocaba un pito de madera.
Alguien dijo: — *A! maestro anunciánd que han llegado.*
Un joven, de un tabuco se asoma en el umbral.
Creí tener en frente una luz celestial
que hizo cerrar mis ojos confuso y aturdido.
Se acercó recogiendo la orla del vestido.
Y dijo entre sonrisas: — *Dejad al inocente
animal que, sin cuerda, se vaya libremente
al campo en que pacía.* Así dijo el Maestro
hablando de mi madre que aún guardaba el cabestro.
Sentí sobre mi frente un gran soplo pasar
y tan sólo fuí dueño de gemir y temblar
¿Qué cosa iba a pasarme? Yo nada comprendí.
Hubo un silencio. Luego, Dios montó sobre mí.

FRANCIS JAMMES.

Pasa la nave mía

(Versión de Enrique Fernández Granados)

Surca mi nave, sola, el mar ignoto,
de los alciones al gemido triste;
y la envuelve y la empuja, y no resiste
del agua el golpe y el furor del Noto.

La memoria, el semblante hacia el remoto
refugio envuelve en que la paz existe;
y vencida esperanza, que aún persiste,
cae abatida bajo el remo roto.

Mas mi genio, inmutable, en popa erguido,
mira al cielo y al mar, y canta fuerte,
del viento en las antenas al rugido:

—Bogando vamos, ¡despiadada suerte!
al nebuloso puerto del olvido,
hacia el escollo blanco de la muerte.

JOSUÉ CARDUCCI.



Canto LII

(Traducción de José M. Facha)

Un organillo suena, allá, en la vía;
abierto mi balcón, la noche espera:
llega del campo a la morada mía
un perfume gentil de primavera.

Ignoro por qué tiemblan mis rodillas
y por qué surca el llanto mis mejillas.
Y entre las manos hundo mi semblante,
y pienso en tí, que te hallas tan distante.

OLINDO GUERRINI.

Derechos reservados

El Polo Norte



EL Polo Norte! Estas palabras os traen a la imaginación un país horriblemente helado, lleno de misterios y de catástrofes. Presentís un clima cruel y mortal para vuestro muelle organismo, acostumbrado a la grata temperatura de los trópicos, y admiráis a los hombres vigorosos y fríamente heroicos que han ido a desafiar los furores de aquella naturaleza inclemente. Veís pasar, como en una visión cinematográfica, los buques de algunas naciones, llevando a su bordo marinos y sabios entusiastas, que van a morir de inanición o a ser víctimas del escorbuto sobre alguna playa desierta o en el fondo de alguna choza groenlandesa. Contempláis un yermo paisaje de *ice-bergs* y de carámbanos caprichosos, ó la maravillosa perspectiva de una Venecia de nieve, que alza sus torres, sus cúpulas y sus arcadas sobre un mar especular. A lo lejos dilatan la superficie resplandeciente los *ice-fields*, las llanuras sin término, de hielo, por donde van gruñendo los osos, aullando los lobos famélicos y pasa la fuga de los zorros azules. De pronto, en alguna costa árida, donde agonizan raquíuticos brezos y pobres líquenes, un grupo de esquimales, envueltos en oleosas pieles, arponean alguna foca o se disputan los restos en putrefacción de algún animal marítimo arrojado a los arrecifes por el vaivén de las aguas. De súbito cambia la decoración: la perspectiva tiene tonos más adustos; el Polo Norte os empieza a mostrar su faz siniestra. De la bóveda plomiza del cielo caen, espesándose, las nieblas; pasan tumultuosamente los torbellinos y los huracanes; el mar encrespa sus enormes olas y sus mangas formidables, haciendo danzar a los bergantines como cáscaras de nuez; y, si sobreviene la calma, cambia constantemente de matices, adormeciéndose entre los témpanos flotantes y los escollos movedizos. Entonces, balanceándose lentamente, aparecen los cachalotes y las ballenas arrojando chorros de agua por sus espiráculos, bajo el vuelo de las aves árticas, que gritan lamentablemente en el espacio. Pero en seguida sobreviene otra vez el mal tiempo. El huracán sopla de nuevo sus roncós clarines; el

trueno redobla sordamente sus tambores; óyense las detonaciones de los aludes; chocan los *ice-bergs* impelidos unos contra otros; se derrumban los témpanos y las montañas de hielo, como por la trepidación de un terremoto. Después, a la mortecina claridad que arroja un sol sin calor, arrastrándose perezosamente sobre un horizonte estriado, míranse inmensas desolaciones blancas, sobre las que se ciernen nubes de millones de cristalizaciones microscópicas. Poco a poco va mostrando sus prodigios y sus secretos la magia boreal. Aparecen ios insólitos espejismos, las milagrosas refracciones, las dúplices imágenes solares, hasta cuando el astro se oculta, para que empiece el imperio de la noche polar. la espantosa tristeza de la noche polar, los diez horribles meses de la noche polar, que llena de gélidas tinieblas aquella ingrata región donde se hiela el alma y se petrifican las lágrimas. Mas entonces iluminan la negra bóveda celeste lluvias de estrellas erráticas, como un sorprendente juego de luces de Bengala; y la aurora boreal ilumina aquellas sombras que parecen eternas, abriendo su trémulo abanico de grandes llamas; superponiendo sus aureolas resplandecientes; transformándose en el irisado domo de una catedral gótica; ondeando a veces como una bandera de múltiples colores; anaranjado, rojo, rosáceo, violeta y verde; lanzando al cenit sus mágicas radiaciones; coronando de fulgores las agujas, las cúspides, las torres y las pirámides de hielo; disolviéndose, juntándose, apagándose y encendiéndose, hasta borrarse del todo en los confines de la noche hiperbórea.

JUAN RAMÓN MOLINA.



Monólogo de Pierrot

¿QUÉ pájaro me canta
en el pecho escondido?
¿Con qué alas azules se levanta
para volar, mi corazón herido?
¿Luna blanca, divina curandera
le vendaste con nieblas de un ensueño
dejándole el temblor y la quimera
de un imposible empeño!
¡Oh, Luna de poetas y de orates,
por tu estela argentina
mi alma peregrina
con un ansia ideal de disparates!
Dentro de mí, como un lejano coro
reviven las memorias
de alegres días, de entrañables glorias.
¡Mañanas perfumadas! ¡Tardes de oro!
Vuelvo a sentir aquel temblor que era
vaticinio de amores
cuando el cortejo de la primavera
iba en mi alma deshojando flores.
Alondra de oro en los celestes prados;
nigromántica flor de los secretos
de azul y de rocío perfumados;
hilandera divina de sonetos.
Luna que das tu sueño a los jardines,
que pones alas en los corazones
y en las cimas azules oraciones:
¿quién el poder a descubrir acierta
de tu cara de plata
de tus ojos de muerta
de tu nariz chata?
¡Tú de los cisnes vagos
conduces los divinos
sueños, sobre los lagos!
¡Tú devanas los linos
del celeste linar
por todos los caminos
del desierto y del mar! -
Bajo el influjo de tus conjunciones
amor suspira y canta,
y la onda de los mares se levanta
como la onda de los corazones.
El barro de mi alma se aureola
con tu luz enigmática,
y te saluda con la cabriola
de una bruja sabática.
Luna, que de soñar guardas las huellas
¡cabalística luna de marfil!
que escribes en lo azul moviendo estrellas:
¡NIHIL!!

RAMÓN DEL VALLE-INCLAN.

Los granos oscuros

(Traducción de Antonio M. Carvajal)

Hay una leyenda japonesa, según la cual habiéndose procurado un joven unas semillas de flores, se sorprendió al ver aquellos granos oscuros y erizados; ofreció de ellos a sus compañeros que no los quisieron; entonces, aunque con alguna incertidumbre, los sembró, y al cabo de algún tiempo cada uno de aquellos feos granos se convirtió en una sorberbia flor; todas las vecinas al ver aquellas flores, le pedían semillas de las que en un principio habían despreciado. Las verdades serias del orden científico y filosófico son estos granos un tanto erizados, que se desdenan al principio, pero que los pueblos concluirán algún día por pasarlos unos a otros de mano en mano.

JUAN MARÍA GUYAU



El secreto sorprendido

(Versión de Silvio Lago)

CUANDO volví a verle, me oculté la cara con las manos.

Entonces él me dijo:

—No temas nada. ¿Quién ha visto nuestros besos?

—¿Que quién los ha visto? La noche y la luna. Y las estrellas y el amanecer. La luna se asomó al lago y se lo dijo al agua bajo los sauces. El agua se lo dijo a las ramas melancólicas. Y la rama se lo dijo a la lancha, y la lancha al pescador. . . . Pero ¡ay! que el pescador se lo dijo a una mujer. Y lo sabrán mi padre, y mi madre, y mis hermanas. Toda Grecia lo sabrá.

PIERRE LOUYS,
Derechos reservados

Mujer blanca

*Thymo mihi dulcior Hiblar,
candidior cyenis, laudera formosior alba.*

VIRGILIO

MUJER blanca:

ataviada de luna
está tu desnudez, como ninguna
soberana lo está sobre la tierra.

Sobre tu espalda, tu melena bruna
es la tumultuosa
cascada del placer y de la muerte
que en los hielos se estanca.

Mujer como una reina fabulosa
de nébula y de sol: columna fuerte
y blanca de la vida: mujer blanca.

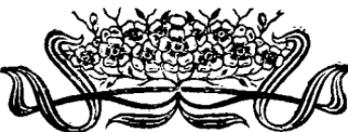
¡Oh mujer blanca!

Dos colinas de nardos son tus senos.
De tus senos arranca
una fuente invisible de venenos
vertiginosos, que a los nervios lleva
la embriaguez voluptuosa de las simas.
Dos colinas de nardos son tus senos
balsámicos; tus senos columbinos
dos colinas y se abren en sus cimas
dos miríficos lagos
de los más fieros y sangrientos vinos.

Dame tus brazos, ríos
lácteos y trémulos;
hondos ríos de amor en los que bullen
las corrientes cerúleas de tus venas.

Dáme tus brazos: émulos
de los que fueron de la Venus manca;
florecidas e idílicas cadenas
para apresar la noche de tus besos . . .
¡Mujer, oh mujer blanca!

LEÓPOLDO DE LA ROSA.



La pareja de ancianos

ELLA tiene más de sesenta años y él más de ochenta.

Acaban de comer y están sentados en la grada de la puerta.

Glorieta pasa y dice:

—¡Siempre juntos!

—Sí— dice la vieja.

—¿No podríais separaros uno del otro?

—No—dice el viejo, fumando su pipa.

—¡Pero ambos estáis muy distanciados! Todavía cabe uno más entre los dos. ¡Acercáos, apretáos!

—Nos cornearíamos, dijo la vieja.

¿Cómo? ¿Te néis cuernos?

El viejo se quita la pipa de la boca y responde sin mirar a la vieja:

--Ella no los tiene.

—¿Y él?—pregunta Glorieta.

La vieja no responde.

El viejo repite:--

—Yo, yo no sé si los tengo; pero ella estoy seguro de que no los tiene.

—¡Y bien!—dice Glorieta a la vieja. Hable, a Ud. le toca. ¿Sí o nó? ¿Los tiene él?

Pero la vieja permanece impenetrable cerca del viejo tal vez inquieto y delante de Glorieta que ha concluido por molestarse. Con una sonrisa vaga, pensando en el pasado sin duda, ella se fija en la encina que allá abajo se duerme en el crepúsculo y guarda para sí la provechosa confusión del silencio.

JULES RENARD.

Presagios

(Traducción de Francisco Villasespa)

Cuando vine al mundo tocaban a fuego,
el viento rugía.....
Un pobre vecino que perdió en el juego
cortóse las venas mientras yo nacía.

¡Ay! ¡Una hermanita descendió conmigo
de la Nada al Mundo!
¡Ay, una hermanita, que hoy fuera un abrigo
en las inclemencias de este mar profundo!

Pero la gemela que el Señor me diera
abrió las pupilas, y murióse luego,
apenas naciera.....
Mientras las campanas tocaban a fuego....

Con tales avisos, con tales presagios,
¿qué puedo esperar?
¡Odios y tormentos, luchas y naufragios,
tras los que se han ido los que han de llegar!

EUGENIO DE CASTRO.



Regreso al anochecer

(Versión de E. Díaz Cañedo)

Dulce vuelta al hogar en la serena
tarde azul, cuando es hora de la cena
y del reposo.

Allá en la sombra incierta,
tú asechas, casa, mi regreso amante,
con la ventana iluminada abierta,
como un ojo que espera vigilante.

Y dentro miro, plácida y desierta,
nuestra mesa, blanquísima y brillante,
y el antiguo reloj, y la graciosa
faz que se vuelve a él y espera ansiosa. . .

La luz irradia sobre el blanco lino:
la mirada nos sigue en el camino.

PEDRO MASTRÍ.

Derechos reservados

Supremo diálogo

(Traducción de Balbino Dávalos)



PRINZIVALO, arrodillándose al pie del lecho y tomando una mano de Vanna. — ¡Giovanna!.. (Vanna se yergue sorprendida y lo mira) ¡Oh Vanna, Vanna mía!.. Yo también he solido llamaros de este modo... Ahora desfallezco pronunciando este nombre... Duró por tanto tiempo encerrado en mi alma, que hoy no puede salir sin romper sus cadenas... El es mi corazón, y ya no tengo otro... Cada una de sus sílabas contiene mi existencia; y cuando las pronuncio, va pasando mi vida... Me era muy familiar, yo creía conocerlo; no me causaba miedo a fuerza de decirlo, y van ya muchos años que a cada hora del día, yo me lo repetía como una gran consigna del amor que es preciso tener valor de pronunciar al fin, aunque sea una vez, en presencia de aquella que se ha evocado en vano... Creía que mis labios tendrían ya la forma de ese nombre tan bello, y que, cuando llegara el momento esperado, sabrían repetirlo con tan grande dulzura, con tan hondo respeto y con un abandono tan profundo y humilde, que la que me escuchara comprendería al punto mi pasión y mi angustia... Ya no es el mismo nombre. Ya no lo reconozco al salir de mi boca, cortado de sollozos, herido de temores... ¡Puse en él tantas cosas!... ¡Toda la emoción, toda la adoración que en él había encerrado, me quebrantan las fuerzas y me apagan la voz...

Vanna. — ¡Quién sois?

Prinzivalo. — ¿No me reconocéis?... ¿No encontráis en mí nada?

Vanna. — No... Al menos, yo no creó...

Prinzivalo. — Sí, nada recordáis... ¡Ay! Estaba seguro de que no sabíais ya... Teníais ocho años, y yo doce, la primera vez que os ví...

Vanna. — ¿En dónde?

Prinzivalo. — En Venecia, un domingo de junio. — Mi padre, viejo orfebre, llevaba a vuestra madre un collarín de perlas... Yo anduve en el jardín... Os encontré de pronto bajo un soto de mirtos y a orillas de un estanque... Llorábais porque al agua se os había deslizado una sortija de oro... Yo me arrojé al estanque. — Me ví a punto de ahogarme;

Derechos reservados

pero cogí el anillo y os lo puse en el dedo... - Vos me disteis un beso y quedásteis dichosa...

Vanna.—¡Ah! Era un niño rubio... Se llamaba Gianello... --¿Tú eres Gianello?... ¿Y me reconocísteis al momento en que entré?

Prinzivalo. - Si hubieran acudido diez mil bajo mi tienda, todas cual vos vestidas, todas así de bellas, como diez mil hermanas que todos confundieran, me hubiera dirigido a tomaros la mano, exclamando: ¡Esta es!... ¿No es verdad que es extraño que una imagen amada pueda vivir así dentro de un corazón...? Pues la vuestra habitaba a tal grado en el mío, que cada día cambiaba como en la vida real. A la imagen de ayer, reemplazaba la de hoy... Y la imagen crecía, se tornaba más bella; los años la adornaban con todos los encantos del desarrollo humano... Mas cuando volví a veros, creí que en ese instante se engañaban mis ojos... Me eran mis recuerdos tan gratos y tan fieles... Mas ellos habían sido muy lentos y muy tímidos... No se habían atrevido a darle a vuestra imagen el esplendor inmenso que me deslumbra ahora... Yo estaba como un hombre que guardase el recuerdo de haber visto una flor en un parque, una vez y de paso, a una luz muy opaca, y se hallase de pronto frente a cien mil flores bajo un sol deslumbrante... Yo os miraba la frente, los cabellos, los ojos, reconociendo el alma del semblante adorado; mas como su belleza le causaba rubor a la que yo en silencio venía acumulando durante días y meses que no acababan nunca, y por series de años cuya única luz era un recuerdo que seguía un camino muy largo, donde la realidad se hubiera adelantado...

Vanna.—¡Ah! Sí, me habéis amado como se ama a esa edad; pero el tiempo y la ausencia el amor embellecen... Tengo prisa en salvarte... Ven, ábreme la tienda...

Prinzivalo. --¡Vanna, Giovanna!... ¡Mira!

Vanna —¿Que es, Gianello?... ¡Oh! Yo también comprendo!... Son fuegos de alegría que acaban de encender en loor de tu obra... ¡Los muros reverberan, las murallas flamean y arde el campanil como antorcha feliz!... Todas las torres están resplandeciendo cual brillantes estrellas!... ¡Las calles forman rutas de fuego sobre el cielo!... Reconozco las vías; las recorro en el aire, como en esta mañana que he pisado sus losas!... Allí miro la Piazza y su domo de fuego. Allí está el Campo Sant^o como isla de sombra... Parece que la vida

que juzgaban perdida, les vuelve a toda prisa, y que estalla en las cúspides, saíta sobre las piedras, desborda las murallas, inunda todo el campo, acude a nuestro encuentro y nos llama también... Escucha, escucha... ¿No oyes los gritos y el inmenso delirio que asciende cual si en Pisa el mar hubiera entrado? ¿Escuchas las campanas que cantan cual si hoy fuese el día de mis bodas?... ¡Ah! ¡Cuán feliz me siento, y dos veces feliz enfrente de esa dicha que debo a quien más me amó!... Ven, mi Gianello. (*Dándole un beso en la frente*).—Toma el único beso que te puedo ofrecer...

Prinzivalo. ¡Oh, mi Giovanna!... ¡Vale por los más dulces que el amor esperaba!... Ven, apóyate en mí; pon tu brazo en mi cuello...

Vanna —Nada fué... Ya te sigo... Es el deslumbramiento... Demasiado he pedido a mis débiles fuerzas... Sosténme, llévame; quiero al punto dar mis primeros pasos como mujer dichosa...— ¡Ah! ¡Cuán bella es la noche al despuntar la aurora!... Date prisa, aun es tiempo... ¡Es preciso llegar antes que muera el gozo! (*Salen enlazados*).

MAURICIO MAETERLINCK.

Paz campestre

El opaco crepúsculo amarillo
el robledal de la montaña dora
y en el solemne encanto de la hora
se aduerme el alma del pastor sencillo.

Sobre el florido musgo del otero
se ilusiona de amor y de ventura,
mientras canta la brisa, y en la altura
grácil fulgura un pálido lucero.

Tiende la noche su ligero encaje
y se horra en el mágico horizonte
la quimera del último paisaje.

Vuela a su nido el pájaro errabundo
y la alba luna muestra sobre el monte
su arco de plata en el azul profundo.

FROYLÁN TURCIOS.

Derechos reservados

Mediodía silencioso

Vuestras manos están abiertas y extendidas sobre el césped fresco;—y las puntas de vuestros dedos miradas al través parecen rosadas flores; vuestros ojos sonrien en calma. Los rastrojos brillan y se oscurecen bajo las nubes ondulantes que se dispersan o aglomeran.

En torno de nuestro refugio, y en cuanto la vista puede alcanzar, colúmbrense campos dorados de botón de oro bordados de plata, en los cuales el perejil adorna el vallado espinoso. Reina un silencio visible, inmóvil como el vidrio de un reloj de arena.

En lo profundo de los follajes visitados por el sol, la libélula está suspendida como un hilo azul que cayó de los cielos:—así mismo ha caído desde lo alto para nosotros esta hora alada.

¡Oh! Guardemos en nuestros corazones, como un don inmortal, esta hora inarticulada de estrecha intimidad, en que el canto del amor fué un doble silencio.

DANTE GABRIEL ROSSETI.

A Froylán Turcios

(EN SU ALBUM)

Tu libro es un templo. Su pórtico es de oro,
que halaga del cielo el azul.
De ideas y rimas él guarda un tesoro,
que esparce a torrentes la luz.

En él consagrada tu gloria ya tienes
del Arte al divino poder
¡Que no se marchiten jamás en tus sienes
las hojas del verde laurel!

RÓMULO E. DURÓN.

Mientras es primavera

SOÑADORA, soñadora
que sueñas en tu ventana
en la noche sevillana
toda fragante y cantora!

Mujer de belleza mora
sueña en tu reja florida,
¡que a veces más que una vida
vale el sueño de una hora!

Entra un limonero en flor
a tu blanco camarín,
mientras canta en el jardín
el poeta ruseñor.

Oye al dulce trovador
su ardiente trova galana:
¡tal vez no cante mañana
en tu jardín interior!

Soñar es mirar las cosas
tras de milagrosos tules,
es tener alas azules
y armoniosas.

Gusta las mieles sabrosas
del dulce mayo nupcial.
que muy pronto en tu rosal
no habrá rosas.

Sueña, acacia tempranera,
tus áureos sueños divinos,
hila los cándidos linos
del telar de la Quimera.

Goza de la hora primera,
que cree, encendida en amor,
que es eterno el ruseñor
y eterna la primavera.

E. CARRERE

La mujer vestida de verde

(Versión de Carlos de Battle)



¡Oh la mujer vestida de verde!... ¿En qué cuento de Edgardo Poe había encontrado ya aquella cabeza expresiva y tan pálida bajo el oro sedoso de sus cabellos? ¿Dónde aquellos hermosos ojos de azul transparente y húmedo, aquellos ojos de agua, aquellas grandes pupilas extraviadas y como perdidas en la súplica de un eterno adiós? ¿Dónde había visto ya, visto y amado, amado con pasión, adorado y llorado en el sueño o en la vida, aquella palidez y aquel perfil y todo el sufrimiento de aquella aristocracia que marcaba su gracia conmovedora con no se sabe qué estupor?

Doña Ligeia, Morella, Berenice, o tal vez la tan melancólica y deliciosa dama cuya vida, mirada y sonrisa se desvanecieron una noche cuando su amigo las hubo fijado en un lienzo imperecedero, y que murió abrasada por el ardimiento adorador de su pintor. Y nombres de mórbidas y fugitivas heroínas, de hermosas alucinadas y todavía más alucinadoras, acudieron a mis labios sin que ninguna conviniese ni pudiese ser aplicada a aquella cabeza dolorida y encantadora, al satinado de aquella nuca de nieve, al azul profundo de sus dos ojos de fuego, ojos de lágrimas y de llamas como únicamente tiene la agonía enamorada de un alma alma de madre o alma de amante.

Modelada en un traje de color verde gris, con el cuerpo rígido, lo que hacía que no se pudiera precisar su época, más que andar se escurría con paso de fantasma por el pavimento de la vacía habitación. Lo hueco de sus mangas exageraba todavía más la delgadez de su cuello, y se sentía que la pesada cola de su falda debía arrastrarse sin ruido, como sucede en los sueños. Lenta y flexible, a pesar de su rigidez algo espectral, se la veía dirigirse hacia el fondo de la habitación, casi de espaldas y desvanecida entre las talladas maderas. Las apariciones de los relatos fantásticos se mueven así. ¡Oh! Ella no se salía del marco ni miraba al público como si se asomase a una ventana; antes al contrario, ya rodeada de misterio se borraba con su belleza frágil y condenada como una sombra querida que no tuviese que volver. Y lo punzante de su despedida oprimía el corazón, y el adiós de todo aquel cuerpo medio vuelto de espaldas lanzaba en lo desconocido el *no me olvides* de sus ojos resignados y dulces.

JEAN LORRAIN.

El amor errante

Filas de caserones de vieja arquitectura
que en el frontón ostentan el signo de la cruz.
Sobre la calle hosca pasa la noche oscura
como un fúnebre paño. Ni una voz. Ni una luz. . . .

En esta casa tuya, quizás, en las ojivas,
entre el silencio grave de la calleja sola,
tejieron un murmullo de pláticas furtivas
un linajudo hidalgo y una dama española.

Mas hoy es ¡oh señora! un rondador nocturno
—un bardo trashumante de rostro taciturno—
quien coloca la ofrenda de amor a tus umbrales;

y quien, bajo la noche frente al balcón florido,
se angustia al ver el sacro blancor de tu vestido
que cruza vagamente detrás de los cristales.

RAMÓN ORTEGA.



Sabiduría

(Versión de Manuel Machado)

Sabiduría de un Luis Racine, yo te envidio!—
¡Oh, que no hayamos seguido las lecciones de Rollin,
ni nacido al declinar el gran siglo,—cuando el
sol poniente, tan bello, doraba la vida.

Cuando la Maintenon arrojaba sobre la Francia
encantada,—la dulce sombra y la paz de sus cofias
de lino,—abrigando a la viuda y al huérfano,—
cuando al estudio seguía la plegaria.

Cuando el poeta y doctor, sencillamente, bue-
namente,—comulgaban con fervores de novicios,—
y ayudaban humildemente la misa y cantaban los
oficios.— Y llegada la primavera, iban a los Anteuls
a coger lilas y rosas —alabando a Dios, como Garo,
por todas las cosas.

PAUL VERLAINE.
Derechos reservados

La adorada,

por René Maizeroy.



LECTOR, si no eres celoso, no recorras las páginas ardientes de este volumen de amarga voluptuosidad. Nada te dirán sus palabras eternas de angustia y de amor y no comprenderás su sentido lacerante. Pero si eres celoso, si eres un atormentado, anégate en su lago de lágrimas, y hunde tu sufrimiento en esas hojas de mandrágora . . .

Ilustra la portada un dibujo simbólico: una bella mujer de placer sostiene en sus manos un corazón varonil, sobre el cual se levanta, en un tallo pleno de espinas, una rosa de sangre. La criatura de perverso mirar apoya sus sienes en el pecho de un hombre crucificado, de lívido rostro, que muestra sobre el revuelto cabello, una media luna de oro.

Emblema profundo, pone un sello sangriento a este negro breviario, que va desdoblando sus largas penas y sus breves alegrías, fúnebramente. ¡Breviario de besos y de espasmos, de risas y de súplicas, monótono, cruel y mórbido! Rápidos calofríos de languidez y de muerte; quejas leves y vagos suspiros; un hálito de perenne deseo, un olor de piel de mujer parece que surgen de las palabras sonoras, de los oscuros renglones que simulan minúsculas serpientes.

Lée, joven soñador, esta psicología torturante, en el silencio de la noche, cuando apenas oigas el murmullo lejano del agua del surtidor. Serena mente, deteniéndote en los párrafos impregnados de sutil emoción, en las líneas pletóricas de análisis, en los vocablos que semejan verdes cantáridas, vé sintiendo el encanto enfermizo de este libro, saturado de ardores primaverales y de gélidas ráfagas mortuorias. Habrás sentido, de seguro, joven lector que amas y que comprendes, algunas de las penas agudas que destrozaron el corazón de Treillemont.

Y habrás temblado, presintiendo el porvenir, al mirar, en la hoja inicial, la sonrisa irónica de la bella mujer imperante: de la mujer que en el raro dibujo ostenta medio cuerpo de gata y oprime entre sus manos crueles una calavera.

FROYLÁN TURCIOS

Ultima andanza

No tengo, Don Alonso, tu rígida armadura,
tu resistente escudo, tu poderosa lanza;
pero voy a buscarlos, por la escondida altura,
en un secreto rumbo que ignore Sancho Panza.

Ofrécote el prodigio de la última aventura;
yo quiero acompañarte en la postrera andanza,
y quiero, Padre mío, que alientes mi esperanza
con el divino soplo de tu inmortal locura.

Seguir tus firmes pasos desde el Toboso quiero;
besar la tierra dónde se irguió tu planta a tiva;
una noche en la Venta armarme Caballero...

¡Alzar sobre las ondas del Caribe tu acero,
y en la llorosa frente de mi Patria cautiva
imponer, alcanzando en la noche, un lucero!

JOSÉ DE DIEGO.



Nocturno

SOBRE el quieto mar azul
que el plenilunio dilata,
se deshoja el cielo en plata,
como un lánguido abedul.

La infinita calma encierra
una tristeza remota.
Un pálido ensueño flota
sobre la paz de la tierra.

Ven a escuchar, amor mío,
el silencio melodioso
que profundiza el reposo
palpitado de rocío.

Lenta, lenta, pasa la hora,
adormeciendo callada
tu cabeza reclinada
sobre el pecho que te adora.

Y la dulce soledad
suspende nuestro destino,
en un éxtasis divino
de luna y de eternidad.

LEOPOLDO LUGONES.



Divina inquietud

ESTE suave crepúsculo ambarino,
que ante la mar inciertamente cae
a lo más hondo de mi vida trae,
un sobresalto lánguido y divino.

La hora, compasiva como un lino
sobre un miembro que sangra, se contrae
sobre mi corazón, mientras me atrae
un barco al irse en el confín marino.

Reclinando en mi pecho tu cabeza,
bienamada gentil, siento una ignota
mezcla de bienestar y de tristeza,

y es que en el ambiente un eco vago,
gime que en nuestro amor la muerte flota
como la luna en el cristal de un lago.

MIGUEL RASCH ISLA.



El poema de Monastir

(Recientemente compuesto)

¡DIOS querido y único!—El año mil novecientos diez y seis el rey Pedro que había llegado a Salónica—miró con emoción hacia Monastir.—Se puso a latir el corazón del héroe.—Tomó sus gemelos—les dió nueve vueltas—y hacia Monastir los enfiló—La llanura y las montañas se aproximan:

Vé tiendas blancas—y un ejército de soldados cerca de Monastir.—¿Cuál es ese ejército—que no puede reconocer?—Porque el rey está viejo—y sus ojos han perdido su claridad.

Llama a su hijo Alejandro:

Hijo mío, querido Alejandro:—Si quieres escuchar a tu padre—toma los gemelos y dirígelos hacia Monastir. Habiéndoles dado nueve vueltas—ponlos al punto en la campaña de Monastir y también en las llanuras y las montañas.—¿Cuáles son esas tiendas blancas—y reconoces qué ejército es ese?

El príncipe Alejandro ha escuchado a su padre, —ha tomado los gemelos— y habiéndoles dado nueve vueltas—ha apuntado a las montañas, a la llanura —y a las tiendas blancas.

Así habla el joven Alejandro:

¡Oh, padre mío, rey de Serbia! —El ejército que ves en las montañas — en las montañas y en la llanura, —es el de los negros búlgaros. — Aquellos que ves bajo las tiendas—son los jefes alemanes que los mandan.

Cuando el rey oyó esto—corrieron las lágrimas por su blanco rostro—y habló a su hijo de esta manera:

—Hijo mío, querido Alejandro:—Si quieres escuchar a tu padre—debes partir para los países, para los países y las ciudades a ver a los emperadores y a los reyes—y decirles que no se puede destruir la Serbia—la Serbia y nuestra Choumadie, que se puede salvar a nuestro pueblo—de los alemanes y de los negros búlgaros.

Cuando oyó tal cosa el joven Alejandro—corrieron las lágrimas por su semblante de héroe—y besó la blanca mano de su padre. Partió para la isla de Corfú—ordenó que el ejército estuviese listo para embarcar— y partió. —¡Que su madre esté contenta! —Partió para la plaza fuerte de París — Los aliados lo han acogido bien:—a su paso han clamado los soldados:

¡Que Dios haga vivir a la gran Serbia y a su potente ejército —que se halla en guerra desde hace cuatro años!

Los aliados han jurado fielmente—que la Serbia será más grande, hermanos míos,—que será llamada la Gran Serbia—y que llegará a ser un imperio. — Entonces el joven Alejandro vuelve de nuevo a la isla de Corfú— pasa revista a su ejército que se embarca para Salónica!

¡Hermanos y camaradas míos!—Cuando embarcaron mis hermanos— cada cual se colocó en su sitio —e hizo tres veces el signo de la cruz— encomendándose a San Jorge— a San Jorge y a San Nicolás.

¡Hermanos y camaradas míos!—Vamos hacia la plaza fuerte de Salónica. —¡Allí nos espera el Duque de Doitchina!—Vamos hacia la plaza fuerte de Prilep. —¡Allí nos aguarda Crayievitch Marco!—Vamos a Scútari sobre Boyam. —¡Allí nos espera el rey Voukachina!—Vamos al fuerte de Prizrend. —¡Allí nos espera el Emperador Esteban el Fuerte!—Vamos a Novi Bazar. —¡Allí nos espera Bella de Bazar!—Vamos a Belgrado Stoini —¡Allí nos esperan los dos Yactchich: Yactchitch Mittar con Yactchie Stepen!—Vamos a la plaza fuerte de Semendria. —¡Allí nos aguarda Diu'o de Semendria con su hijo ciego Gregour!—Vamos a la ciudad fortificada de Sofia. —¡Allí nos espera el rey Milutino!

¡El llama al rey de Serbia—y a su potente ejército—para que quiten el país a los alemanes,—a los alemanes y a los negros búlgaros!

DANIEL MILOSSAVLYEVITCH.



Extasis

CADA rosa gentil, ayer nacida,
cada aurora que apunta entre sonrojos,
dejan mi alma en el éxtaxis sumida. . . .
¡Nunca se cansan de mirar mis ojos
el perpetuo milagro de la Vida!

Años ha que contemplo las estrellas,
en las diáfanas noches españolas
¡y las encuentro cada vez más bellas!
Años ha que en el mar, conmigo a solas,
de las olas escucho las querellas,
y aún me pasma el prodigio de las olas!

Cada vez hallo a la naturaleza
más sobrenatural, más pura y santa.
Para mí, en rededor, todo es belleza,
y con la misma plenitud me encanta
la boca de la madre cuando reza,
que la boca del niño cuando canta!

Quiero ser inmortal, con sed intensa,
porque es maravilloso el panorama
con que nos brinda la creación inmensa;
porque cada lucero me reclama
diciéndome al brillar: *Aquí se piensa
también. Aquí se lucha. ¡Aquí se ama!*

AMADO NERVO,
Derechos reservados